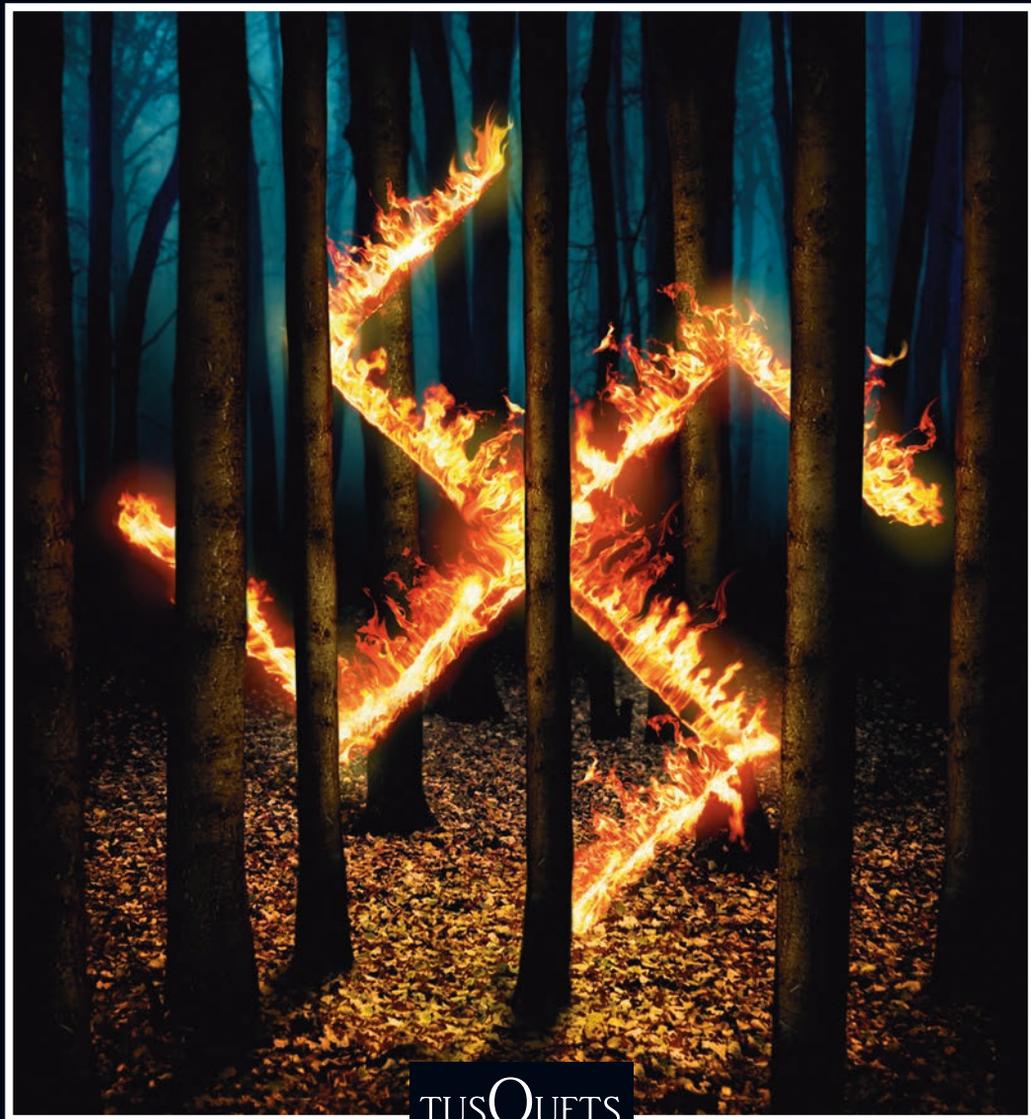


John Connolly  
LA CANCIÓN  
DE LAS SOMBRAS

*colección andanzas*

SERIE  
DETECTIVE  
**CHARLIE  
PARKER**



TUSQUETS  
EDITORES

JOHN CONNOLLY  
LA CANCIÓN DE LAS SOMBRAS

Traducción de Vicente Campos González

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *A Song of Shadows*

1.<sup>a</sup> edición: enero de 2017

© 2015 by John Connolly

De la traducción: © Vicente Campos González, 2017  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-360-8  
Depósito legal: B. 131-2017  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

Primera parte .....	11
Segunda parte .....	129
Tercera parte .....	223
Cuarta parte .....	331
Quinta parte .....	419
Agradecimientos .....	443

## Primera parte

¿Qué haría tu bien si el mal no existiera,  
y qué aspecto tendría la tierra si desapare-  
cieran todas las sombras?

Mijaíl Bulgákov, *El maestro y Margarita*

Muerto el invierno y agonizante la primavera, el verano acechaba entre bastidores.

Poco a poco el pueblo de Boreas iba cambiando: se abrían y limpiaban los apartamentos de temporada, la heladería repónía existencias, y las tiendas y restaurantes se ponían a punto para la llegada de los turistas. Hacía sólo seis meses, los propietarios habían estado contando los ingresos para hacerse una idea de cuánto tendrían que apretarse el cinturón para sobrevivir. Cada año parecía dejarles un poco menos en los bolsillos y provocaba el mismo debate al final de la temporada: ¿seguimos o vendemos? Ahora, los que se habían quedado volvían a la brega, pero ni siquiera se podía palpar todavía el moderado optimismo de años anteriores, y había quienes murmuraban que se había ido para no volver. Tal vez la economía mejorara, pero Boreas estaba estancado, sumido en una decadencia imparable: una muerte lenta y costosa que se iba llevando la vida a pedazos. Era un pueblo agonizante, un ecosistema fallido, pero, pese a todo, muchos seguían allí, porque ¿adónde ir si no?

En Burgess Road, el Sailmaker Inn seguía cerrado; era la primera vez en setenta años que la gran dama de los hoteles de Boreas no abriría sus puertas para recibir a los visitantes estivales. La decisión de poner en venta el Sailmaker se había tomado la semana anterior. Los propietarios —la tercera generación de la familia Tabor que dirigía el hotel— habían regresado de su refugio invernal en Carolina con la intención de preparar el Sailmaker para los huéspedes, y parte del personal que contrataban para la temporada ya se había instalado en las viviendas que había al

fondo de la finca. Ya se había empezado a cortar el césped y a quitar los guardapolvos de los muebles, y entonces, de la noche a la mañana, los Tabor revisaron las cuentas, decidieron que ya no podían soportar de nuevo la tensión y anunciaron que, finalmente, no reabrirían. Frank Tabor, un buen católico, dijo que tomar la decisión había sido como ir a confesarse y quitarse de encima el peso de sus pecados. Por fin podía irse en paz y dejar de agobiarse.

La decisión de cerrar el Sailmaker resonó como otro toque de difuntos en el pueblo, un símbolo concreto de su decadencia. Los turistas habían ido disminuyendo con el paso de los años —y aumentando de edad, porque en el pueblo había poco para divertir a los jóvenes—, a la vez que se ponían en venta más residencias veraniegas, a precios elevados con un exceso de optimismo al principio, hasta que el tiempo y la necesidad los fueron reduciendo a un nivel más realista. Pero todavía ahora, Bobby Soames, el agente inmobiliario local, podía recitar casi de carrerilla cinco casas que llevaban dos años o más en el mercado. A esas alturas, sus dueños prácticamente las habían abandonado y ya no ejercían la función ni de residencia veraniega ni de vivienda. Se mantenían vivas gracias al lento goteo de una calefacción mal cerrada en invierno, y al revoloteo y el ir y venir de los insectos en verano.

El pueblo lo había fundado una familia griega a principios del XIX, aunque al cumplir el siglo de existencia hacía ya mucho que se habían marchado. A decir verdad, para empezar nadie sabía muy bien cómo habían ido a parar los griegos a aquel rincón de Maine, y la única huella que perduraba de sus orígenes estaba en su nombre: Boreas, un pueblo perdido en un extremo septentrional del país al que habían bautizado como el dios griego del invierno y del viento del norte. ¿A quién podía sorprender, se preguntaba a veces Soames, que su supervivencia como destino de vacaciones hubiera sido más bien precaria? Tendrían que haberlo llamado Sur del Ártico y olvidarse.

Esa agradable mañana de abril, Soames conducía despacio por Boreas. Todo el mundo atravesaba despacio el pueblo. Sus calles eran estrechas; incluso Bay Street, la avenida principal, era

un fastidio si había coches aparcados en ambas aceras, y cualquiera que hubiera pasado en el pueblo más de una tarde húmeda aprendía a recoger los retrovisores tras aparcar si quería encontrárselos intactos al volver. Por su parte, a los policías locales nada les gustaba tanto como cubrir sus cupos de multas parando a los motoristas que superaban por apenas un suspiro el límite de velocidad.

Puede que todo eso también tuviera algo que ver con el posterior legado alemán de la zona, que alentaba cierto sentido del orden y de la observancia de los principios de la ley. Los luteranos alemanes llegaron a Maine a mediados del siglo XVIII y se asentaron en lo que hoy en día es Waldoboro, pero que por entonces se conocía como Broad Bay. Les habían prometido casas, una iglesia y suministros, nada de lo cual llegó a aparecer, de manera que se encontraron abandonados en un paisaje hostil. No les quedó otra que recurrir a la construcción de refugios temporales y a la caza de los animales de la zona, y los más débiles de los colonos no sobrevivieron a aquel primer invierno. Más adelante lucharían contra los franceses y los indios, y las comunidades se dividieron durante la guerra de la Independencia entre los que apoyaron a los americanos que defendían la causa de la libertad y los que se resistieron a incumplir su juramento de lealtad a la Corona británica.

Por entonces, los alemanes ya estaban bien establecidos en Maine. En algún momento, avanzado el siglo XIX, un puñado de ellos llegó a Boreas y echó a los griegos, que habían estado allí desde el principio. El registro de votantes del pueblo exhibía con orgullo Ackermanns, Baumgartners, Huebers, Kusters, Vogels y Wexlers. Siguiendo la costa hacia el sur, en el pueblo de Pirna —bautizado así por el municipio de Sajonia del que procedían sus nostálgicos fundadores— había más teutones, e incluso un pequeño grupo de judíos alemanes: diversos Arnsteins, Bingens, Lewens, Rossmans y Wachsmanns, dispersos aquí y allá. Soames, que era inglés por parte de su bisabuelo y galés por su bisabuela (aunque por alguna razón a nadie de su familia le gustaba hablar de su rama galesa), los consideraba a todos igual —potenciales clientes sin excepción—, aunque recordaba las contundentes opi-

niones que le merecían los alemanes a su abuelo como consecuencia de las experiencias del bisabuelo durante la primera guerra mundial, así como los recuerdos propios de su abuelo de la segunda. El que a uno le disparen durante cuatro años seguidos hombres de una nacionalidad particular tiende a causar un impacto negativo en la opinión que se tiene de ellos.

Soames dejó atrás Bay Street y se metió en Burgess Road. Se detuvo delante del Sailmaker. Las puertas estaban cerradas y no veía signos de vida. Ya les había soltado su habitual discurso a los Tabor para que lo eligieran como agente inmobiliario de la finca, y Frank le había prometido que le llamaría más tarde ese mismo día. Soames echaría de menos el Sailmaker. Había alardeado de tener un bar bastante decente y a él le gustaba pegar la hebra con Donna Burton, que trabajaba de camarera allí los martes, miércoles y fines de semana. Era una divorciada coqueta que conseguía que los clientes volvieran, al menos los clientes masculinos, dado que a las féminas no las impresionaban tanto sus encantos, y además se mostraban suspicaces y reacias a dejar que sus maridos o novios pasaran demasiado tiempo sin vigilar en compañía de Donna.

Soames no sabía qué haría Donna ahora que el Sailmaker cerraba. Vivía en Pirna, donde trabajaba como secretaria, y su jornada a tiempo parcial en el Sailmaker le suponía salvar la distancia entre un invierno cómodo y otro en que el termostato se mantendría un par de grados por debajo de lo ideal. Tal vez Fred Amsel, del Blackbird Bar & Grill, le ofreciera unas horas si su mujer, Erika, le dejaba. Donna se llevaría a sus clientes del Sailmaker con ella, y Fred podría hacer frente a la competencia del Brickhouse. Sí, a lo mejor le comentaba algo al respecto a Fred, que luego, como el que no quiere la cosa, podría plantárselo a Erika. Quizá la señora Amsel pareciera alguien a quien le han dado más de una vez con la puerta en las narices, y que tuviera un temperamento forjado por la experiencia, pero no era ninguna idiota cuando había dinero de por medio.

¿Quién sabe?, pensó Soames, a lo mejor cuando Donna se enterara de las molestias que se tomaba por ella, estaría dispuesta a recompensarle con algunos favores carnales. Soames había

dedicado un montón de tiempo a imaginar lo placentera que podía ser una noche con Donna Burton. Esas fantasías lo habían animado a lo largo de los años en que su matrimonio agonizaba. Ahora que estaba solo de nuevo, la había asediado durante dos veranos con una testarudez que habría avergonzado al ejército griego en Troya. Todavía no había conseguido abrir una brecha en sus defensas, pero Fred Amsel bien podría ser el hombre que lo lanzara por encima de la muralla. Si eso no funcionaba, Soames tendría que imaginar un modo de ocultarse dentro de un caballo de madera y pagar a alguien para que lo dejara delante de la puerta de Donna.

Soames condujo hasta donde las casas empezaban a diseminarse, cada vez más apartadas unas de otras, y donde la línea entre los límites del pueblo de Boreas y los del contiguo y más diminuto de Gratton, al norte, se volvía borrosa. Los dos pueblos compartían recursos, entre ellos las fuerzas policiales, sobre todo porque Gratton hacía que Boreas pareciera Las Vegas, así que las líneas trazadas sobre el mapa tenían poco más que un propósito informativo. El Departamento de Policía de Boreas también daba servicio a Pirna, al sur, y a Hamble y Tuniss, al oeste, dos poblaciones formadas por poco más que unas casas desperdigadas y unos cuantos graneros desvencijados. La mayoría de los habitantes de los alrededores acudía a Boreas o a Pirna a hacer negocios y los cinco pueblos habían acabado constituyendo un único ayuntamiento en el que Soames ocupaba un puesto de concejal. Las reuniones bimensuales, que se celebraban el primer y tercer miércoles de cada mes, solían ser irritantes; los impuestos a la propiedad eran más altos en Boreas que en los demás núcleos y los del pueblo se quejaban de que sus dólares se gastaran en el alcantarillado de Hamble o para el mantenimiento de carreteras en Tuniss, y susurraban en tono sombrío que eso era socialismo.

Soames salió de Burgess Road y cogió Toland's Lane, que serpenteaba hacia Green Heron Bay, la más tenebrosa de las ensenadas de la península. Era larga, protegida por dunas altas, aunque estaba orientada de tal manera que quedaba descubierta y al albur de los vientos que procedían del mar, así que encarar desde allí

la brisa marina, por suave que fuera, era como ir en la proa de un barco en plena tormenta. En su entorno hacía siempre un par de grados menos que en cualquier otro punto de los alrededores de Boreas, como si el invierno hubiera elegido esa enseada para dejar un recordatorio de su inevitable vuelta. Los turistas, salvo algún ocasional observador de aves, no solían acercarse y los que lo hacían quedaban decepcionados por la ausencia de garzas, las *herons*, que daban nombre a la bahía, ya fueran garzas verdes o de otra especie.

En aquel rincón sólo había dos casas, ambas residencias veraniegas: una comprada precipitadamente, adquisición de la que se arrepintieron con no menos premura, y la otra un legado familiar que había sido despreciado y había caído en el olvido desde la lectura del testamento. A decir verdad, Soames había perdido la esperanza de vender, o incluso de alquilar, ninguna de ellas; por eso había supuesto una sorpresa y un alivio que ambas atrajeran a posibles inquilinos en semanas casi sucesivas, aunque la alegría de conseguir por fin algunos ingresos para sus clientes —y el correspondiente porcentaje mensual para sí mismo— se había atenuado un tanto al conocer la identidad de uno de los inquilinos.

Soames había leído sobre el detective privado Charlie Parker, claro, antes incluso de que le dispararan y de la convalecencia que lo había acabado llevando a Boreas. Soames tenía algunos amigos y antiguos clientes tanto en el Departamento de Policía de Bangor como en la policía del estado de Maine, y estaba enterado de ciertos rumores que corrían sobre la vida de aquel hombre que nunca habían salido en los periódicos. Si Parker no era en sí una molestia, solía traerlas consigo.

Sin embargo, quien le había abordado inicialmente para alquilar la casa había sido una abogada llamada Aimee Price, desde South Freeport, que le había dicho a Soames que tenía un cliente que necesitaba intimidad y tranquilidad para recuperarse de un trauma reciente. Fue ella la que se acercó a Boreas a ver la casa, decidió que satisfacía las necesidades de su cliente, y firmó el alquiler, todo en una mañana. Pero la negociación sobre las condiciones del alquiler hizo que las reuniones en el ayuntamiento

to le parecieran, en comparación, siestas dominicales, y Soames había salido del encuentro con Price magullado, escaldado y comprobando que la abogada no le hubiera robado también la cartera. Sólo cuando estuvo firmado el contrato de alquiler mencionó Price el nombre de su cliente: Charlie Parker.

—¿El detective privado? —preguntó Soames mientras observaba cómo se secaba la tinta en el contrato—. ¿El tipo al que dispararon?

—Sí. ¿Algún problema?

Soames se pensó la respuesta. Sólo sería un problema si la gente que había intentado asesinar a Parker volvía a intentarlo de nuevo. Tal como estaban las cosas, la casa había sido difícil de alquilar. Los dueños ganarían más reduciéndola a cenizas si se convertía ahora en el escenario de una matanza. También era probable que, de suceder algo así, perdiera su puesto en el ayuntamiento. No sería muy popular si sus relajados criterios de alquiler hacían que Boreas se hiciera famosa por algo más que la Heladería Forrest's y el estofado de gambas del Crawley's Cajun Citchen («La mejor cocina cajún de la región», cosa que, bien pensado, no era un eslogan que despertara muchas pasiones, aunque Crawley's sirviera de hecho buenos platos, pero la horrerada de escribir mal «Kitchen» hacía que Soames se retorciera por dentro cada vez que lo veía impreso).

Decidió que la sinceridad sería la mejor estrategia.

—Mire, un hombre así tiene enemigos —dijo— y en Boreas nunca le han disparado a nadie. Y nunca es *nunca*.

—Pues podrían aprovechar para ponerlo en el cartel de entrada —dijo Prince—. Ya sabe, algo así como: BOREAS: 75.000 DÍAS SIN QUE SE HAYA DISPARADO UN TIRO, como hacen en las obras informando del tiempo que llevan sin accidentes laborales.

Soames intentó adivinar si se estaba haciendo la graciosa, y llegó a la conclusión de que seguramente sí. Aun así, aunque sólo fuera por un instante, no le había parecido mala idea.

—Dejando a un lado las sugerencias inútiles sobre los rótulos —dijo Soames—, su reputación podría producir cierta inquietud.

—No hay el menor riesgo de que se repita el incidente que le causó las heridas.

—Muy segura parece.

—Lo estoy.

Ella le clavó la mirada como si le invitara a hacerle la pregunta que tenía en la punta de la lengua. Soames tragó saliva. De repente le pareció que hacía mucho calor en su oficina. Pensó en los ingresos del alquiler.

—Dadas las inusuales circunstancias, tal vez podríamos...

—No.

—... mire de nuevo el...

—Me parece que no.

—... la cantidad sería...

—Está desperdiciando saliva.

—Muy bien.

—Hace casi dos años que esa casa no ha sido alquilada.

—Hemos tenido ofertas.

—No, no las han tenido.

—Eso usted no lo sabe.

—Lo sé.

—Vale, muy bien.

—¿Alguna pregunta más?

—¿Vendrá armado?

—No lo sé. Si quiere, puede preguntárselo a él cuando lo vea. Soames recordó lo que sabía del detective.

—Supongo que vendrá armado —dijo, aunque más para sí que para Price—. Si no trajera armas, haría bien en hacerlo.

—Ése es el espíritu con el que hay que acogerle —dijo Price—. Y, por ahora, cuantos menos lo sepan, mejor. Incluso cuando llegue, será él quien decida cómo se relaciona con los vecinos. Algunos podrían reconocer su nombre o su cara; otros, es posible que no.

—En Boreas, cada uno se mete en sus propios asuntos —dijo Soames—. Por lo que a mí respecta, usted es la que alquila la casa, y si me preguntan quién va a vivir ahí, responderé que no tengo ni idea.

Price se levantó y le tendió la mano. Soames se la estrechó.

—Ha sido un placer —dijo ella.

—Eh..., lo mismo digo. Creo.

La acompañó hasta su coche.

—Una última cosa —dijo Price, y a Soames se le cayó el alma a los pies. Detestaba esas «últimas cosas»—. Vendrán unos hombres de Nueva York a revisar la casa. Son, bueno, digamos que asesores de seguridad. Quieren realizar algunas pequeñas reformas, sólo para garantizar que la casa estará en condiciones de habitabilidad normales. No la deteriorarán. Es más, imagino que cualquier renovación sólo podría aumentar su valor.

La promesa de un aumento del valor del inmueble hizo que Soames se sintiera mucho más satisfecho con el alquiler que había conseguido.

—No creo que suponga ningún problema.

—Bien. A ellos no les gustan los problemas.

Algo en el tono de la abogada hizo que a Soames le entraran ganas de echar un trago, que fue exactamente lo que hizo en cuanto ella se hubo marchado. Su secretaria le vio dando sorbos a la copa.

—¿Estás celebrando algo? —le preguntó.

—Pues ahora mismo —respondió él—, no sabría qué decirte.